

CAPITULO XXIV.

VENGANZAS.

Despues de haber dejado á la familia de David en su casa el oficial mayor, se retiró á la suya lleno de inquietud y casi arrepentido de haberse empeñado en la lucha hasta llegar al asesinato; pero su corazon, acostumbrado á ver padecer á sus víctimas, se habia endurecido y obstinado. Como todo criminal, habia comenzado por aceptar pequeñas

responsabilidades; pero los muchos años que llevaba de hacinar faltas sobre faltas, produjeron los funestos resultados que vemos.

Y sin embargo la conciencia, ese juez terrible é inexorable que repite continuamente su grito aterrador, hablaba en ese momento á D. José con una fuerza tal que lo obligaba á dudar en la ejecución de aquel proyecto criminal. Pero esta duda no era por humanidad, sino por temor.

Llegó á su casa sobresaltado, y aunque antes de acostarse tomó la precaucion de echarse á pechos sendos tragos de cognac, no pudo conciliar el sueño.

Veamos, mientras él se revuelve en su lecho, lo que pasaba en casa de David.

Este luego que llegó envió un coche á Tacuba, y en él fué á buscar á Rafael y Rosa por la dificultad de que el cochero cumpliese su encargo.

Al ver á David, Rosa sintió de nuevo agolparse á su cerebro toda la sangre, y cubriéndose la cara con las manos, exclamó:

— ¡Ah! David, David, ¿porqué vuelve Vd. á presenciarme mi desgracia. ¿Cómo me despreciará Vd!

— No la desprecie á Vd., contestó David tendiéndole la mano; la compadezco, y si mi amistad fuese bastante eficaz, procuraría calmar sus penas.

No era falso lo que David decía. Su corazón generoso, que no había podido olvidar á aquella mujer á pesar de su ingratitud, se conmovía dolorosamente al verla tan desgraciada, y si hubiera creído que su afecto era capaz de curar los males de Rosa, indudablemente se lo habría ofrecido.

Pero él, sincero por naturaleza, no podía creer que Rosa lo hubiera amado, puesto que lo había abandonado con tanto desden.

Por eso le ofreció únicamente su amistad.

Rosa, por el contrario, entonces sentía una amargura al considerar que había perdido aquel cariño espiritual y sublime que con tanto rendimiento se le ofreció, y sus pesares se hicieron mas acerbos todavía.

Para los individuos inteligentes y pensadores las penas morales son mas terribles, porque penetran mas profundamente en el alma, dejando una huella indeleble.

Entraron en el coche y llegaron á Méjico, llo-

rando Rosa ; y David así como Rafael procurando mitigar su dolor.

El mayor se había marchado ya ; y despues de haber tomado un poco de té , Rafael y David se retiraron al hotel.

Mucho tiempo pasaron ambos amigos hablando sobre la desgraciada Rosa , y por último Rafael , deseando entregarse con toda libertad á la contemplacion de su felicidad , dió las buenas noches á David , acostándose en seguida ambos amigos en distintos cuartos.

El oso , aquel perro que hemos visto al principio de esta historia , se recostó como de costumbre á los piés de la cama de Rafael.

Eran las dos de la mañana. La ciudad toda dormia. Rafael estaba en silencio hacia algun tiempo , las luces de los corredores flameaban penosamente despidiendo sus últimos resplandores.

La puerta de uno de los cuartos mas retirados se abrió misteriosamente , y un individuo , atravesando el corredor de un segundo patio , se adelantó apresuradamente y como quien tiene alguna urgencia por el otro corredor donde estaba el cuarto de Rafael. Llegado á él , volvió la cara há-

cia todos lados para ver si lo observaban , y notando que estaba solo , empujó la puerta con suavidad. Estaba abierta. Se adelantó entonces tan silenciosamente que ni el oso pudo sentir sus pasos.

Pocos momentos despues se escuchó un ruido sordo , un ladrido ahogado , luego dos ó tres golpes , y todo volvió á quedar en silencio.

Entonces , cuando el asesino se hubo asegurado de que su víctima no existia , encendió un cerillo , registró los papeles que traia en el bolsillo , y no encontrando lo que buscaba abrió el cajon de la mesa de noche , de donde sacó varios papeles. Sin duda halló lo que deseaba , pues La Roca , á quien ya conocemos , y que era el asesino , hizo un gesto de satisfaccion , y doblando un papel lo guardó cuidadosamente.

A la luz que proyectaba el cerillo podia verse una ancha herida en la cara del asesino , y al oso jadeante y moribundo al lado de un cadáver.

A la madrugada La Roca salió del cuarto para tomar la diligencia de Puebla.

Antes de tomar asiento , un hombre embozado en una frazada se acercó á él misteriosamente y llamándolo aparte :

— ¿Qué hay? le preguntó en voz baja.

— Está despachado, contestó La Roca con el mismo misterio.

— ¿La carta? preguntó el embozado.

— Aquí está, venga el dinero, repuso La Roca y entregó al embozado el papel que había recogido, recibiendo en cambio un cartucho con oro que acomodó en un cinturón después de haberse asegurado que era dinero efectivo.

Diez minutos después partió al galope la diligencia.

El embozado tomó apresuradamente las calles rectas hasta llegar á los portales de Agustinos; tomando en seguida el de Mercaderes, siguió hasta la calle de Cordobanes, y deteniéndose á la puerta de la casa del oficial mayor, fingió que tosía.

La puerta se abrió: subió la escalera y tocó la vidriera del cuarto de D. José. Este, que no podía dormir, saltó inmediatamente de la cama y abrió la puerta, sin investigar á quién.

El abogado le había dicho que estuviera sobre aviso, y la exaltación de su cerebro no le permitió advertir que el zaguán se había abierto sin que él lo sintiese.

El embozado, sin descubrirse porque la vela estaba encendida aun, sacando de debajo de la frazada el papel que había recibido de La Roca, le dijo:

— De parte del señor licenciado Perez Ferriz.

Don José tomó la carta con mano trémula y se acercó á la vela para leerla. Estaba manchada de sangre.

Don José estaba lívido, y sus cejas se recogieron extraordinariamente al concluir su lectura.

Volviéndose entonces al embozado, le dijo:

— Está bien, puede Vd. retirarse.

— ¿Está Vd. satisfecho? dijo el embozado.

El mayor por toda respuesta tomó la vela en la mano con visible agitación, y acercándola al desconocido preguntó con voz imperiosa:

— ¿Quién es Vd.?

— ¿Qué importa mi nombre, repuso el otro ocultándose mas bajo el embozo, si soy portador de la buena nueva?

El mayor retrocediendo hasta la mesa de noche, tomó una pistola, diciéndole antes de mostrarla:

— Hay secretos que son funestos para el que los sorprende.

El desconocido, que habia notado los movimientos del mayor, en vez de retroceder, se adelantó hácia él y bajando el embozo dejó ver su semblante atezado.

¡Era Sabino!

— Estoy desarmado, mátame, dijo abriendo su chaleco, ¿qué importa un nuevo crimen? Pero antes oye lo que tengo que decirte.

El mayor estupefacto procuraba reconocer aquella fisonomía.

— ¿Sabes, preguntó el negro, quién es ese joven tan lleno de vida y que prometia esperanzas tan lisonjeras á quien has hecho asesinar?

— ¿Y tú, qué tienes que ver en este asunto? preguntó el mayor, procurando librarse de aquella fascinacion que ejercia sobre él aquel hombre.

— Vas á saberlo, dijo el negro: ¿te acuerdas de Matilde?...

— ¡Ah! hizo el mayor, tú eres Sabino.

— Sí; yo soy: yo amaba á Matilde mejor que tú, puesto que le he prestado mi apoyo hasta su último instante.

— ¡Tú! dijo el mayor asombrado.

— Yo, ¡sí!

— Y el niño... ¿qué hiciste de él?

— ¡Yo! sostenerlo, educarlo, darle una profesion.

— ¿En dónde está? díme, suplicó con ansia el mayor.

— ¡Lo has hecho asesinar!

— ¡Mientes! gritó el mayor con un furor terrible.

— En la mano tienes la prueba de tu crimen y de su muerte.

— ¡Pues cómo... él... Rafael!

— ¡Era tu hijo!

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo D. José tirando la pistola y dejándose caer sobre un sillón. ¡No!... ¡No!... ¡No puede ser!... ¡No quiero que sea!...

El negro, adelantándose hácia el mayor, fijando sobre él una mirada semejante á la del tigre que se apodera de su presa, y levantando la mano hácia el cielo:

— Y sin embargo, así es, ¡malvado! Dios es justo y te castiga con clemencia. Yo amaba á Matilde, y tú la deshonraste; tú la perdiste, y luego la echaste en olvido. La hiciste morir en la mise-

